

EL DEFENSOR DEL OBRERO

¡PERO...!

¿Quién podrá contar las obras buenas irrealizadas y como consecuencia los males acoorreados por un ¡pero...! pronunciado despectivamente para eludir el cumplimiento de sacratísimas obligaciones?

Lo he escuchado más de una vez y de labios piadosos, cuando la Providencia me ha deparado ocasión de poder inculcarles el cumplimiento de obligaciones, de mayor trascendencia que las del simple rezar y la cotidiana asistencia al templo, aunque esto muy bueno sea.

¡Dios mío! ¡cuánta hipocresía, cuánta cobardía no se oculta tras esas palabras y cuanto Pilato no se esconda con ellas!

Todos son temores. Temor a desagradar al César; temor a enemistarse con el pueblo; temor a que les tilden de beatos, clericales, etc. Y, entre tantos temores, no tienen el más mínimo de gravar su conciencia, enemistarse con Dios y merecer su justa indignación.

Todo ello tiene su explicación en la falta de fe tan general. Porque quien tiene fe no puede por menos de amar a Dios y amándolo le mirar por los intereses de su gloria y estar pronto a defenderlos sea quien fuere el que los ataque y donde quiera sean atacados.

Pero no y lo estamos viendo. ¿Quién se preocupa de los divinos intereses? La guerra más o menos solapada contra Dios se ha generalizado y cuántos hay dispuestos a salir a la brecha, no digo a presentar su pecho al enemigo, pero ni siquiera a ocupar el último puesto en la retaguardia?

Los cuadillos del ejército cristiano, nos han dicho repetidas veces el campo en que hemos de luchar y las armas que deberemos emplear. Armas que hoy nos darían el triunfo sin dificultad e incontinentemente, pero que mañana, apoderado de ellas el enemigo, causarían una sangrienta derrota a los que no abdiquen de su fe.

Y cuántos han salido al campo y manejado las armas, cuales

son la buena prensa, las elecciones y la acción social?...

¡Qué vergüenza!

Pues ¿qué ocurrirá cuando impelidos por las circunstancias, nuestros jefes hagan sonar el clarín guerrero y las huestes revolucionarias penetrando en el interior del templo, profanen las cosas sagradas y hagan astillas el altar santo?

Me horroriza el pensarlo.

Pero comprendo que la raza de mártires perdióse ya. Y los que ahora regatean a Dios el menor sacrificio ¿le darán luego la vida en holocausto? ¡Imposible!

¡Pero...! Pero, no habrá excusas, ni ocasión será de deliberar, ni habrá términos medios, ni componendas. Unos irán a la derecha y otros a la izquierda, y para terminar copiaré unas palabras del eminentísimo señor obispo de Jacca que dicen así:

«Un sacerdote que, a la par que orador muy elocuente, es periodista distinguidísimo, *Pierre L'Ermitte*, decía muy bien: «Si hago un artículo, por regla general me lleva menos tiempo que un sermón.»

Escribiendo para un diario, cuya tirada sea por ejemplo, de 100.000 ejemplares, si se suponen cuatro personas en cada familia que recibe el periódico, lo cual no es exagerado, me dirijo a 400 mil personas, llevo hasta ellas con un artículo que queda, que circula, que se discute, que es reproducido...»

Veán, pues, si tiene importancia el fomento de la prensa católica, y si es una grave obligación de todo buen católico el sostenerla y apoyarla.»

C. S. y FRANCO

Repalandoria panocha

*Ande un zagal aviepaio
esperfolia er quisis cobis
del catecismo cristiano.*

En mi casa semos probes,
no hay más renta que er trabajo,
semos nueve pa comer
y ninguno está esmedro,
porque hay tan güena apetencia
que si er negocio anda malo,
se hace una juente e gurillos
u de sémola con ajos
y metemos la buchara
casi como ieiendo ¡arrastrol!

Mi agüelo, que es er más viejo,

(1) Leída en la velada de la Acción católico-social.

como tós semos cristianos,
reza un Pac-nuestro de gracias,
juma, er que juma, un cigarro
nos elisamos media horiquia
a la sombra de un naranjo,
nos tira cuatro chillios
mi paére pa recordarnos,
y ca cual coje er legón,
la picaza o er capazo,
y el uno vá a los tomates,
el otro a cuitar busanos,
y a trabajar dista oscuro
contentos y resiaoos.

Con esto, andamos de letras
malmente ¡qué canastos!
porque en la Huerta enseguía
hay que aprovechar los brazos,
y en cumpliendo cinco brevas
un zagal, ya sirve p'argo:
er que no coje rampetes
pa la ensalá, arranca nabos
u se pone a escardar junza
u a buscar hipos rayaos.

Pero yo, que no quío ser
tan cepa como er perráneo
que siempre que echa una firma
tié que pintársela el rabo,
voy a la escuela un ratiquio,
doy ar Catón un repaso,
y a la lección de Doctrina
que nus dan con antusiasmo
las señoritas de Murcia,
¡aunque me escuellen, no farto!

Porque si uno llega a paére,
aunque no tenga tres chavos,
si a la estrucción y a la pruma
consigue metelles mano
y se meté en la caeza
la doctrina de los santos,
huirá der preverso entrímbulis
con que se intruce er pecao,
sabrás lo que es fé, conciencia
y virtud de un güen cristiano,
y empollará a sus zagales
en los prencipios más sanos
pa que esturran en meneno
de los Elemigos Malos.

J. FRUTOS BARZA

Estudios Sociales

EL EGOISMO

Ahora en muchos hogares se ha entronizado el egoísmo, que mata la sabia vivificante del amor, huyendo por consiguiente de la familia, la paz y el respeto apetecidos.

Entiendo por egoísmo, la tendencia que más directamente se opone del verdadero amor.

El amor impulsa al hombre a salir fuera de sí para darse a otros; el egoísmo le impulsa a entrar en sí para consagrarse a sí propio.

Para amar es preciso que a lo menos haya dos; el egoísmo, mejor, el egoísta, vive solo; se com-

placo en su vida solitaria y dice: Yo y solo yo; yo no soy de nadie; todos los demás son para mí; yo soy el amo; todos los demás son servidores míos. Yo soy la gloria, todos los demás son reflejos de mi gloria; yo soy la voz; todos los demás son eco de mi voz; yo soy el centro y todos los demás son puntos de mi esfera. Estas palabras os dicen más que las definiciones que os pudiera dar, del egoísmo; os pintan con su propio lenguaje a ese ser indefinible, a quien no se le pueden poner rasgos de hombre, porque no tiene nada que honre a nuestra humanidad.

De aquí se sigue ese despotismo paternal en la familia anticristiana. Padre; no trabajaré los domingos, Dios me lo manda.— Pues yo te lo mando: yo soy el Señor: Ego Dominus.

Padre quiero ir al templo, mi conciencia lo exige, Dios me lo manda.— Pues yo te lo prohibo; yo soy el Señor «Ego Dominus».

Padre, no puedo comer de estos alimentos, Dios me lo prohíbe.— Pues yo te lo mando: Yo soy el Señor «Ego Dominus».

Padre no puedo asistir a tal reunión, a tal espectáculo. Dios me lo prohíbe.— Pues yo te lo mando; Yo soy el Señor «Ego Dominus».

De tales familias no esperaría nunca sacrificios ni heroísmos. Quién es ingrato para Dios, quien es egoísta y déspota para con la familia, será desleal para la Patria y no buscará sino sus comodidades y regalos.

La señal de la Cruz

—¡Fernandito!...

—¿Tú?...

—El mismo que viste y calza.

—¡Vengan esos brazos!...

—Hechos para estrechar en ellos a los buenos amigos. ¿Y qué cuentas, luego de tantos años sin vernos? ¿Qué dicen de nuevos esos pliegos de papelitos de indicata blanca y ese respetable barrigón de hombre satisfecho?

—Pues, que por el portador de ellos han pasado buen golpe de años y no en balde: matrimonio, paternidad...

—¡Matrimonio!... ¡paternidad!... Pero ¿hablo con Rafael Martos,